

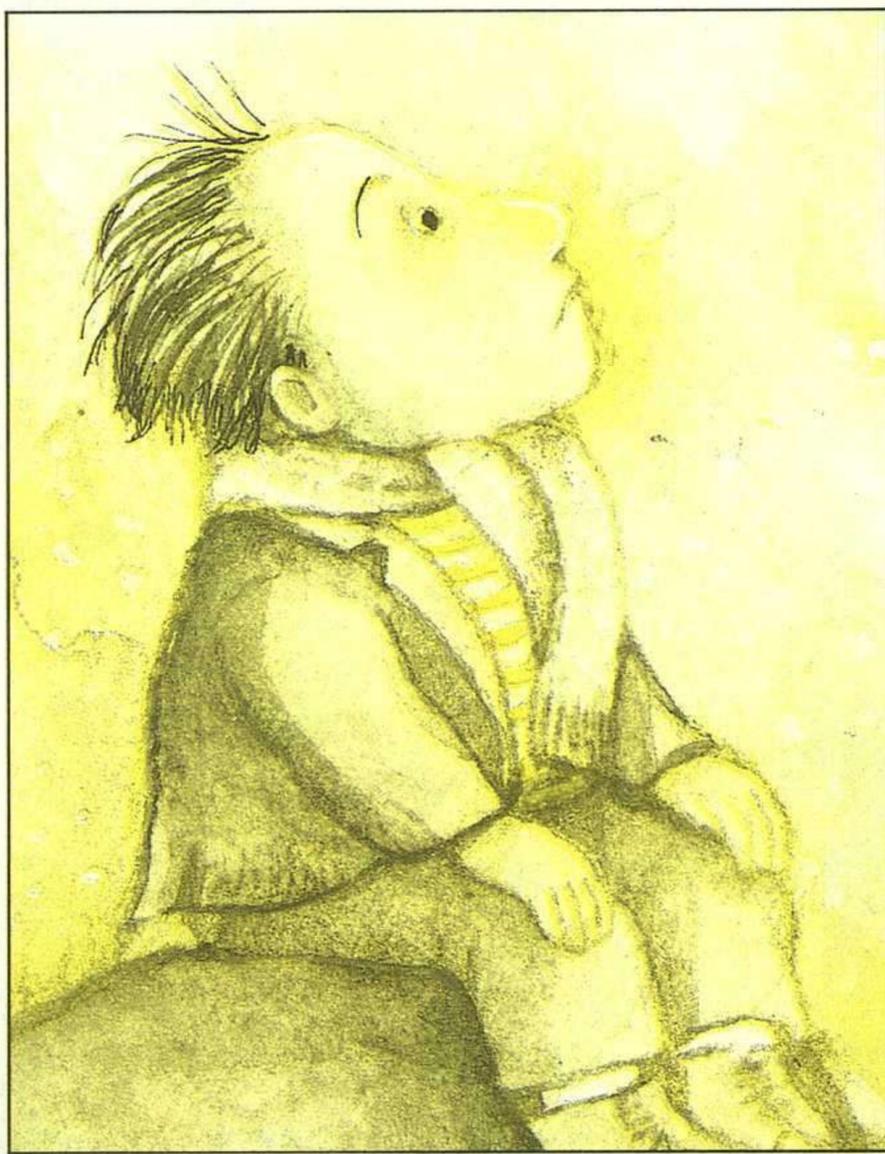
Pedro Visor era un hombre de mediana edad, muy meticuloso en sus relaciones, exageradamente escrupuloso y con remilgos suficientes para figurar en el récord Guinness.

Para que os hagáis una idea, os contaré que cuando estrechaba la mano a un amigo, tan pronto como podía corría a lavársela con agua y jabón, después la mantenía un buen rato dentro de un recipiente lleno de alcohol. Si por aquellas circunstancias en una conversación el interlocutor le soltaba unos perdigones, Pedro Visor disimulaba un gesto de enfado y daba por acabada la conversación. En ocasiones como ésta se fregaba la cara con tanto ímpetu que parecía como si quisiera borrarse un tatuaje. Está de más aclarar que la cara le quedaba más roja que un semáforo cuando nos prohíbe el paso. Siempre bebía agua mineral, comprada en un supermercado de confianza, pero antes de probarla la hervía un par de veces, por lo menos. Cocinaba con los guantes puestos, unos guantes que habían sido hervidos previamente, y rehervidos. Cuando parecían unos pingajos los cambiaba. Esta conducta le provocaba un fuerte gasto mensual, pero como iba más bien sobrado de dinero no perdía el sueño.

Visitaba al médico una vez al mes y se sometía a todo tipo de pruebas, algunas dolorosas, para tener el convencimiento absoluto de que no estaba enfermo. No hace falta decir que cada

Escrito en las estrellas

por **Jaume Cela**



VIVI ESCRIBIA.

año se administraba más de una docena de vacunas, para evitar cualquier enfermedad infecciosa.

Antes de meterse en la cama, destinaba un buen rato a repasar toda la casa. En una libretita de tapas negras, tenía anotado un itinerario que seguía sin introducir ningún cambio. Empezaba mirando del derecho y del revés toda la instalación eléctrica, desenchufa-

ba todos los aparatos y si el «clic» de los interruptores no era el que esperaba volvía a repetir la operación tantas veces como fuera conveniente hasta obtener el ruidito deseado. Después cerraba el butano del calentador y el gas de la cocina. Acababa la procepción con la comprobación de todos los grifos. Antes de acostarse cerraba a cal y canto la puerta de la calle, como si

viviera en un castillo que pudiera ser asaltado en cualquier momento por un grupo de ladronzuelos.

Vivía solo. Esta circunstancia no le preocupaba lo más mínimo, porque era de aquellos que pensaba que más valía vivir solo que mal acompañado. Por otro lado, encontrar una pareja que resistiera tanta comedia habría resultado muy difícil.

Una noche de verano que hacía calor del bueno, decidió ir a dar una vuelta. Detrás de su casa, se levantaba una colina desde la que se divisaba toda la ciudad. Subió hasta la cima. Cuando encontró un trozo de hierba, extendió un plástico, colocó una toalla y se echó encima dispuesto a contemplar el firmamento.

Qué maravilla, pensaba Pedro Visor mientras observaba todas aquellas lucecitas que parecían enviarle guiños.

Cuando más tranquilo estaba, vio una especie de luz intensa que se aproximaba justo al lugar donde reposaba. La luz viajaba a una velocidad vertiginosa que no sabría calcular.

Era un asteroide que lo dejó más aplastado que una coca.

El pobre Pedro Visor desconocía el estudio estadístico que explica que un catalán tiene una posibilidad entre 230.000 de morir por culpa del impacto de un asteroide en un margen de cincuenta años.

El desgraciado caso de su muerte debía de estar escrito en las estrellas.